

Editorial

**“SOPLAN LOS ALISIOS”:
RECORDANDO AL MAESTRO Y AMIGO RAÚL ABAURRE**

*“Si hay hombres que contienen un alma sin fronteras
...tu eres uno de aquellos”*

Miguel Hernández

Dr. Pedro Eliseo Esteves

Correo electrónico de contacto: pesteves@fcm.uncu.edu.ar

Nada es porque sí y este domingo de Pascua he amanecido teniendo en mi recuerdo a quien tuve el gusto y el honor de tratar en los años finales de mi adolescencia y cuya influencia en mi persona perdura hasta hoy.

Conocí a Raúl siendo estudiante de medicina en la Cátedra de Clínica Médica II, que dirigía otro gran clínico, el Profesor Rodolfo Muratorio Posse. Abaurre era, entre varios docentes inolvidables, uno de los que lograba atraer más la atención de los estudiantes: su juventud, la manera de opinar, siempre certero y bien informado, su autenticidad, todo eso era una especie de imán que hacía verlo como un garante de una buena formación clínica de posgrado.

Por esa razón, ya médico (alfabetizado en medicina), me sumé a la Residencia de Clínica del ex Hospital Ferroviario, de la cual Raúl era su instructor y líder. Al régimen de trabajo entonces se lo conocía porque entrábamos de noche y terminábamos también de noche la tarea. Además, porque los residentes debíamos dar cada semana una clase de ciencias básicas y otra de farmacología, las que nos supervisaba Raúl y demás residentes “de alta graduación”. Su figura se fue agigantando y pasó a ser el hombre responsable de nuestra educación médica, que sostenía con su ejemplo toda la estructura docente de la Residencia. Era muy exigente, lo que lograba con su sola presencia; su autoridad emanaba de ser estudioso, coherente y aguerrido defensor del sistema en que nos formábamos. De esas primeras revistas de sala me impactaron la intensidad con que atendía nuestra presentación del paciente, lo meticoloso y concentrado en el examen físico y hasta el modo que palpaba los miembros o buscaba adenopatías; su “modus operandi” se grabó a fuego en todos nosotros. Eran asombrosos la lucidez de sus diagnósticos junto a la cama y los esquemas terapéuticos que en pocas horas “resucitaban” a los viejitos internados del PAMI que allí atendíamos. Abaurre supo gestar un ámbito de

trabajo disciplinado, responsable y fructífero, del que nos sentíamos honrados de participar.

Era claramente un tipo serio, pero guardaba su buen humor para quienes lo rodeábamos: sus risotadas estruendosas llenaban la sala donde nos juntábamos. La mirada vivísima, que nos clavaba cuando decía algo importante, apretándonos el brazo, grababa a fuego los comentarios o conceptos que nos deseaba transmitir.

Raúl no pactaba con lo mediocre, era indiferente a los comentarios personales, chismes o los rumores. No perdía tiempo en lo que no fuera el cuidado de los pacientes, el estudio y nuestra formación. Ni cuando en 1976, luego del golpe institucional, las envidias y el poder de la mediocridad lo echaron del cargo de Instructor, jamás alimentó en nosotros odios ni resentimientos contra nadie.

Sí, en cambio, “el flaco” nos regaló generosamente su tiempo, compartiendo los asados de los sábados, el básquet, el ascenso a un cerro o las salidas a pescar. Sus amigos fueron los nuestros y su familia estuvo siempre abierta a las nuestras, que por ese tiempo se iniciaban. Marilyn, su esposa y compañera siempre, fue una más del equipo que entonces formábamos. A alguien por ahí se le ocurrió llamarnos: “los abaurristas”.

Aborrecía a los médicos que dejan su formación y el estudio de lado por ganar dinero o fama o los que “transan” con el poder para beneficiarse. Los “mercenarios” eran el blanco de sus arengas implacables, así como todo lo que se opusiera a una educación médica de excelencia. Siempre aseguraba que ésta no interesaría nunca a las corporaciones ni a los poderosos.

Los pilares de su accionar que supo contagiarnos fueron el método científico, los principios morales y el respeto a sus maestros. En forma especial Alfredo Lanari y sus colaboradores del Instituto de Investigaciones Médicas de Buenos Aires, entre otros Agrest y Barousse, Muratorio y su grupo, todos eran mentados con frecuencia casi

diaria. Era también respetuoso al extremo de las creencias religiosas diversas y los sustentos morales de quienes lo acompañábamos.

Abaurre fue un hombre esperanzado: *“ya van a soplar los alisios”*, nos aseguraba, aún en los momentos más duros de esos años. (Mucho después supe que los alisios son los vientos que soplan sobre el Atlántico y llevan sin esfuerzo a los barcos desde el Africa hacia América). Pero al mismo tiempo estaba siempre con los pies sobre la tierra. Una siesta nos dijo en la puerta de la Biblioteca: *“si en medicina pretenden hacer las cosas bien, a conciencia, prepárense para una vida que no va a ser cómoda. Con seguridad les sobrevendrán dificultades y conflictos”*.

Raúl Abaurre respetó a ultranza los caminos diversos que sus residentes tomamos luego, aunque no los compartiera del todo. La vida, luego de esos enérgicos años con que iniciamos el camino médico, nos fue moldeando y golpeando en forma diversa a los compañeros de la Residencia. Perdimos temprano a José Minoprio, a Jorge Godoy, Pedro Ruíz y Jorge Nasiff; sin embargo, creo que la huella de esos años compartidos con Raúl y “los abaurristas” ha perdurado con fuerza en los trayectos profesionales y personales de cada uno de nosotros.

No lo imagino a Raúl hablando desde un estrado. Lo veo alto, de pié, rodeado de gente joven que lo escucha con avidez. De su incesante leer médico y filosófico no se guardaba nada para él y cuanto aprendía lo compartía. Nunca le tuvo miedo a la competencia, ni que le fuera mal en lo económico. Su gran seguridad interior la transmitió a cada uno de sus residentes y estudiantes y pienso que ese vínculo docente era su principal alimento cotidiano.

Con el paso del tiempo ganamos la certeza que los bienes espirituales, a diferencia de los materiales, a medida que se difunden se multiplican indefinidamente. A casi dos años de su pérdida física, en este Domingo de Pascua, podríamos decirle a Raúl

Abaurre, que en verdad, toda vez que tratamos de seguir sus pasos, los alisios que nos pronosticaba, están soplando.-